

«Me encuentro muy mal, atormentado entre el deseo de reposo y de vida plácida, y la conciencia que me llama a combatir el horrible crimen social y a socorrer las miserias humanas.» Quiere reformar la sociedad, pero no con *meetings*, huelgas ni revoluciones sangrientas, sino por la eficacia social de un arte ideal y puro.

Y va a Inglaterra y empieza su apostolado. Predica su arte prerrafaelista y forma escuela; combate el *maquinismo* en la industria por enemigo de la belleza del trabajo y embrutecedor del obrero; combate sobre todo el egoísmo del patrono, del capitalista, causante de la miseria de los trabajadores y de la lucha de clases; quiere realizar una vida social nueva, fundada en el éxtasis estético, en el amor, desenvolviéndose en una atmósfera de paz y de belleza.

No se contenta con propagar sus ideales en escritos, en libros como las «Siete lámparas de la arquitectura» y «Fors clavigera», y en la cátedra que se le concede en la Universidad de Oxford; sino que, impaciente por la realización, funda la *St. George's Guild*, especie de colonia agrícola que quiere sea el primer núcleo de la nueva sociedad soñada donde se trabaje en paz por amor a la belleza. En los campos de Westmoreland restaura los telares de lino a mano. En la isla de Man hace trabajar y blanquear la lana por procedimientos tomados a la Edad Media. En Sunnyside, en medio del campo, de un hermoso paisaje, monta una imprenta a mano donde trabajan de impresores sus discípulos y devotos: de allí salen esas exquisitas ediciones de las obras del maestro, y aquél es el punto de peregrinación de todos los fieles del arte nuevo, de la sociedad nueva brotada de la mente de Ruskin, y que hace sonreír, naturalmente, a la gente práctica, a la gente que vive en el mundo.

Claro está que declarar la guerra a las máquinas en plena fiebre de industrialismo moderno, combatir el egoísmo en la patria de la *struggle for life*, volver el trabajo manual a los procedimientos de la Edad Media, y querer detener el

tremendo torbellino de nuestro siglo fascinándolo con el puro ideal de un arte primitivo e ingenuo, resulta empresa; más que de poeta, de soñador.

Por esto la industria, el arte, la lucha social, el mundo, siguió su curso por encima de los generosos ensueños de Ruskin; por esto su *St. George's Guild* fracasó y se deshizo al poco tiempo de fundada, quedando solo de ella el precioso museo de Scheffield; por ésto los productos elaborados por procedimientos arcádicos no se consideraron más que como cosas exquisitas, raras, de un lujo aparte; y por esto la nueva sociedad soñada por Ruskin quedó reducida a un selecto grupo de admiradores y discípulos.

Más ¿fué todo un vano sueño de poeta? No. Los discípulos de Ruskin se han llamado Rossetti, Burne Jones, William Morris, Hunt, Puvis de Chavannes, y han formado escuela restaurando un cierto idealismo en el arte, un cierto refinamiento en las industrias artísticas, y hasta un vago y delicado sentimentalismo social cuya huella permanecerá imborrable y fecunda en la evolución del espíritu humano.

Todo esto es lo que se ha llamado *modernismo* y va desenvolviéndose entre burlas y veras, entre corduras y locuras, entre exageraciones y aciertos indelebles. ¿A donde va? No lo sabemos. ¿De donde viene? De visiones de ojos como los de un Ruskin, de un hombre que creyó transformar el mundo en un instante, que pareció haber movido sus brazos en el vacío, y que luego resultó haber imprimido un movimiento, menos rápido de lo que él se figuraba, pero más firme y hondo de lo que las gentes creían.

Porque, por más que se ría la gente, lo cierto es que, a la corta o la larga, los poetas son los que mueven el mundo.

II

Hace pocos días hablamos aquí de Ruskin, recientemente fallecido en Inglaterra, y he aquí que ahora viene a